

## CRONICA DE LIBROS

### UNA LITERATURA DE DEPARTAMENTO (?)

por Luis Bocaz Q.

EN 1954, EL crítico de "El Mercurio" saludó la aparición de La Difícil Juventud con estas palabras: "El arte de Giacconi no es nada tranquilizador. Si traduce, como afirman, el alma de las nuevas generaciones y revela el futuro, ya podemos ir preparando ropajes fúnebres. ¡Qué gran enterrador! Es otra época del arte nacional". Desde el fúnebre regocijo de Alone hasta la novela de reciente publicación Según el Orden del Tiempo, de Juan Agustín Palazuelos, se insinúa una nueva línea en la literatura joven del país. Sin embargo, sería arbitrario imputar el estado de alma señalado por el articulista a la totalidad de las nuevas generaciones. Una apreciable cantidad de escritores jóvenes de filiación o simpatías marxistas habían sido ganados por la lucha política clandestina en que las organizaciones de izquierda se vieron envueltas. Su actividad se volcó a una práctica absorbente y heroica; escribieron poco; no tuvieron tiempo para conversar de literatura. Ilustrativo el caso de Edesio Alvarado: su segunda obra apareció en 1959, después de diez años de silencio. Moretic y Ordoña los llamaron, con razón, los ausentes cuando publicaron algunos de sus trabajos en la antología El Nuevo Cuento Realista Chileno.

En las inmediaciones de 1959 el agrupamiento de Giacconi, Lafontecade y otros en la denominada "generación del 50" no agotaba, entonces, el campo literario juvenil. Hoy, extinguidos los ecos comerciales de ese grupo, se habla de una nueva generación en la que se incluiría al autor comentado. Es evidente que, aparte de la posible rentabilidad para alguna editorial, se persigue escamotear los cauces profundos que subyacen en toda literatura. Frente al criterio generacional,

surgió de inmediato la pregunta: ¿qué diferencia substancial puede existir entre Volodia Teitelboim y Poli Délano, por ejemplo, para citar dos escritores de distintas edades pero de igual línea ideológica? Ni siquiera es seguro que los aguijoneen diversas preocupaciones técnicas. Quizás pueden separarlos matices en el enfoque de determinados hechos, pero la actitud medular es la misma. Brevemente: el problema es de clases, no de generaciones; tal vez, enhebrando un análisis más fino y en plano secundario, de generaciones dentro de las clases. La actitud del hijo del industrial frente a su padre puede ser rebelde a la hora de almuerzo, pero no en lo que atañe a la propiedad privada de su industria.

La obra de Palazuelos y la de otros jóvenes comparte características fundamentales con la "generación del 50", pero, además, significa una exacerbación de ellas. Surge en la confluencia de coordenadas sociales y literarias nacionales y extranjeras. Sus temas y sus procedimientos obedecen al clima de una clase social, la burguesía, o a fracciones de la pequeña burguesía. Expresan un pensamiento empapado de acre nihilismo y derivan peligrosamente a las posiciones más reaccionarias.

La primera impresión que produce Según el Orden del Tiempo es la de una litera-

tura adolescente; adolescente por su visión del mundo y sus personajes. Es un fenómeno común a los escritores aludidos. Sus héroes encarnan siempre en jóvenes intelectuales que bordean la veintena, generalmente estudiantes.

Recordemos: Cristián Huneus, en sus cuentos *Día de Niebla*, *Canto del Cisne*, *Una Larga Espera*, de Carlos Morand, con su protagonista, un profesor de filosofía. La aspiración máxima de ellos es encontrar sentido, en medio de las violentas contradicciones de su edad, a un mundo caótico y hostil. La esencia humana queda mutilada. Son personajes captados en un instante de sus vidas, aislados de las relaciones sociales, sin determinaciones que dibujen una personalidad histórica definida. Anhelan vagamente el hallazgo de una ética, de una respuesta a lacerantes preguntas: "No podría explicártelo, dice el personaje de Palazuelos, es algo que estoy tratando de comprender yo mismo".

Es una adolescencia que tiene resueltos sus problemas de subsistencia, confirmando la aguda observación de Sartre de que hoy la adolescencia es un privilegio de la burguesía. No aparecen otra clases en escena. Si lo hacen es incidentalmente y para ser objeto de reflexiones peyorativas: "El pueblo es sucio. En todas partes. La muchedumbre hiede" O en el libro de Morand: "La horri-

ble certidumbre de ver decidido mi destino en cuestión de minutos por un grupo de gente extraña que se mueve en un mundo totalmente ajeno al mío".

Al parecer en ningún otro instante de nuestra literatura ha sido tan ostensible esta tendencia adolescente, y los ejemplos extranjeros inclinan a pensar que ella prospera en periodos de crisis. Crisis de una clase. La sensación e inestabilidad, de desorientación ante la quiebra de valores tradicionales es clara. Escuchemos a Palazuelos: "En nuestro occidente el caos y la desorientación se han entronizado prácticamente como sistema que rigen nuestras relaciones". Morand sitúa su personaje entre dos fuegos durante una guerra civil, y antes de ser fusilado reflexiona: "Los valores ocupan ahora un lugar muy distinto al que tuvieron antes de producirse el caos, mientras la humanidad continúa con su desesperada búsqueda de una nueva Utopía que satisfaga el hambre de su eterna desorientación".

Sus esfuerzos por comprender se frustran y los rondan la soledad y el hastío. Esto no es nuevo. Ya el siglo XIX produjo l'ennui, antes que Baudelaire se sumergiera en sus paraísos artificiales. Al no encontrar un punto de apoyo deambulan en busca de una razón de ser. Las relaciones humanas: amor, amistad, se alienan y cobran una di-

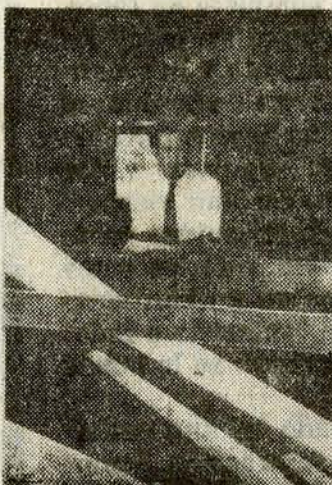
na. Eres mi amigo en cuanto me sirvas para aclarar algo de esto; o como blanco de una ironía, después serás un lastre del que habré de deshacerme: "Se empieza juntando la mayor cantidad posible de amigos. Tal como para preparar una excursión en globo... Arrojar algunos para empezar a elevarse... Cuando se vuela al sol no hay que dejar ni un saco".

La ternura está proscrita y cuando tiende a ganar la partida una sonrisa cínica pone fin al desliz. En su novela, Palazuelos relega lo sentimental a la transcripción de un diario de vida.

Del mundo adulto no se espera nada y para él se reservan los dardos más envenenados. Las sobremesas familiares en Según el Orden del Tiempo son un excelente campo para épater le bourgeois. No obstante, en las obras analizadas sólo hay una revuelta ante un orden (o desorden) viejo y corroído al que no vislumbra otra salida que una refacción. El apoyo en algún adulto, el maestro, generalmente resulta un fiasco. Así, como antaño cayera el sacerdote de La Difícil Juventud, hoy se derrumba Alain, el profesor de Según el Orden del Tiempo. "Y exactamente como ahora, después de haber conversado con Alain, me fui a casa sin haber resuelto nada..." "Usted es una mierda Alain, le falta mucho para ser hombre".

De allí que sólo se pueda confiar, y a medias, en el yo. "Las únicas explicaciones válidas son las que encontramos con nuestros propios medios. Cree en tus propias creencias". El tiempo y el mundo se funden en una categoría totalmente subjetiva. La actividad se reduce a diálogos o especulaciones en busca de una solución verbal para definir la conducta humana. "Comprender nuestra época a través de nosotros mismos".

Por esta vía, Palazuelos, pleno de observaciones sobre filosofía, música y pintura, aparte de las literarias, se desliza en muchos momentos hacia una abierta pedantería. Obviamente, la búsqueda de un humanismo es-



AGUSTIN PALAZUELOS

tá ligada a la asimilación más ancha posible de los bienes de la cultura. Así lo establecía Lenin para los marxistas al sostener que no existe verdadero revolucionario si no ha asimilado críticamente los valores del pasado. Pero esta labor debe enraizar en nuestra realidad específica y no como en el caso de Palazuelos, en una superposición inmadura de elementos.

Es explicable que estos autores hayan preferido la novela y el cuento antes que la poesía. No debe ser ajeno a ello el que nuestra poesía mayor haya rebasado el yo. El relato les permite extenderse en su aventura espiritual, moverse con holgura como pequeños semidioses solitarios que reinventan sus propios valores. Sus referencias a la política insisten en su situación como hombres neutrales, en apariencia, no comprometidos: "No tengo nada contra ustedes. Jamás he partici-

pado en política. Todo lo que ustedes hacen me da lo mismo". Declara el personaje de Morand. Declaración semejante en Palazuelos: "Desubicado por completo, me siento reaccionario entre los izquierdistas y revolucionario entre los derechistas. El centrismo me asquea. Total, un desastre".

Sin embargo, la acción revolucionaria destinada a transformar la sociedad les parece engendradora de caos, una monstruosidad "dura, sorda, negra... que acabará con todo" (C. Huneus).

Pagamos el precio de una literatura burguesa reflejo —retrasado como siempre en América— de una sensibilidad de postguerra europea y estadounidense. Es revelador el empleo del mito griego. En Europa, quizás, lo ha puesto en boga una burguesía que intenta recontrar sus viejas tradiciones. Aquí, puede ser una manera de afirmar el yo y la autoridad intelectual ante una clase a la que se desprecia por su incapacidad dirigente y su esterilidad cultural.

A diferencia de nuestros escritores anteriores, la mayor parte provincianos que en la capital siguieron componiendo una imagen total de nuestro país, en estos autores jóvenes la literatura es exclusivamente urbana y la geografía un mero accesorio. Sus héroes rara vez se aventuran más allá de Viña del Mar. Huneus los llamó "Cuentos de Cámara". Tenía razón. Es literatura de encierro, literatura de departamento.

A grandes rasgos esta puede ser una caracterización del contenido de estas obras. La expresión que encuentra en sus procedimientos y técnicas será objeto de nuestra próxima crónica.

(?) "Según el Orden del Tiempo", novela, por Juan Agustín Palazuelos. Editorial Zig-Zag, 1962.